

LOS FIELES DIFUNTOS DEL B.O.I.

Y seguimos con los muertos. Ahora son los del Bloque de Obreros Intelectuales de México. El primero en partir fue su fundador: el doctor Margarito Solís. Le siguió el general Jesús M. Garza, mosquetero de la Revolución, fuerte en el pensamiento y en la acción.

Muchos bloqueros notables han caido. Bastará citar unos cuantos para reconocer la importancia que han tenido estos obreros intelectuales: Miguel Othón de Mendizábal, historiador, etnólogo, sociólogo y un decidido defensor de los indios; Jesús S. Soto, poeta y oficial de Estado Mayor, que estuvo en la Cuesta de Sayula; Carlos Gutiérrez Cruz, el poeta del proletariado que fue escritor socialista; y Francisco Rojas González, maestro del cuento que gustaba de los temas campiranos y defendía a los ejidatarios.

En otros finales de año, como para hacer un recuento de sus socios, el Bloque de Obreros Intelectuales organizaba una velada del recuerdo, en que se ponían en relieve las virtudes y las capacidades de los hombres que formaron en las filas de esta organización fraternal y veterana, que nació para exaltar el programa y la obra de la Revolución de México. El B.O.I. surgió en 1922 y entre sus fundadores estuvieron el doctor Margarito Solís, el dibujante Clemente Islas Allende, el general Jesús M. Garza, los periodistas Noveles y Alfonso Rosado Avila... y fue reorganizado en 1926, para dar señales potentes de vida en 1929, con la aparición de la revista *Crisol*, que duró más de ocho años y dejó huella imperecedera. Muchos ciudadanos distinguidos pasaron por el B.O.I., que dio a México varios altos funcionarios y dos presidentes de la República: Emilio Portes Gil y Adolfo Ruiz Cortines.

En esta vez voy a referirme, con algún desorden, a varios de los hombres notables que fueron socios del B.O.I. y que hicieron una labor considerable o realizaron actos sobresalientes, cuyos nombres alcanzaron proyecciones nacionales.

*
* *

Rojas González. He de empezar por uno a quien acabamos de visitar en su modesta tumba, adornada con frescas flores y con la presencia de su amorosa familia: Francisco Rojas González. Rodeando al mausoleo estaban la esposa, Lilia; las dos hijas, el hijo varón y el nietecillo que no conociera a su abuelo, con dieciocho meses de nacido. Otros parientes y amigos acompañaban a la familia del autor del *Diosero*; y estaba también el ensayista y filósofo Sommers, quien estudió a fondo la vida de Rojas González para producir una tesis profesional que será libro de consulta sobre el escritor tapatío.

Rojas González sigue conservando el título de “el mejor cuentista mexicano”, pues llegó a dominar el género literario del cuento como nadie, en lo que va del siglo. Se inició también en la novela y dejó dos que conquistaron lauros y pasaron al cine. Sobre su tumba velaban, en el undécimo aniversario de la muerte del escritor, las figuras de *La Negra Angustias* y de *Lola Casanova*.

Miguel Othón de Mendizábal. Por asociación de ideas el nombre que surge en seguida es el de Miguel Othón de Mendizábal, amigo entrañable y mentor de Rojas González. Hombre de ciencia e investigador acucioso, Miguel Othón inició a Rojas en los misterios de la antropología y lo hizo etnólogo. Lo llevó por las montañas de México, para estudiar las poblaciones indígenas en sus hogares y lo hizo sentir amor y comprensión por los desheredados del campo. Rojas siguió los pasos de Miguel Othón y llegó a producir estudios importantes sobre los indios de Sonora y de Michoacán, de Hidalgo y de Oaxaca.

Miguel Othón de Mendizábal fue uno de los historiadores más eminentes de México. Profundizó en el conocimiento de las razas prehispánicas y de la época colonial. Era un investigador por temperamento y el producto de sus minuciosos estudios lo traducía en prosa inspirada, accesible a todos y llena, sin embargo, de gran sabiduría.

Miguel Othón fue un convencido indigenista, que luchó incansablemente por el mejoramiento de las razas mártires que pueblan extensas regiones del país y viven sin haber alcanzado los rudimentos de la civilización. Miguel era hombre citadino; pero le atraía tanto el campo y le interesaban en tal forma los problemas de los

indios, que hubiera sido capaz de pasar toda su vida entre los pimas de Sonora, los otomíes del Mezquital o los mijes de Oaxaca.

La valiosa obra escrita por Miguel Othón de Mendizábal, recogida en siete volúmenes, fue publicada por Francisco Rojas González merced a la ayuda que prestó Jesús Silva Herzog cuando fue subsecretario de Hacienda. Esa colección de libros es el mejor monumento levantado a la memoria de Othón de Mendizábal.

*
* *

Martín Paz. Ahora hablemos de un poeta humilde, que vino de la cordial Honduras: la tierra de Juan Ramón Molina, Froylán Turcios y Heliodoro Valle.

Martín Paz había nacido para ser hombre de letras y a ellas se dedicaba en Tegucigalpa; pero quiso ser abogado y se vino a México. Aquí estudió un poco y al cabo de muchísimos años obtuvo su título. No ejerció la profesión, naturalmente. Siguió siendo poeta. En su tierra y aquí produjo poemas y prosas en profusión. Tenía gran facilidad para versificar y lo hizo de muy diversa manera. Fue romántico, modernista, rubendariano y estridentista. Era original. Muchos diarios y revistas publicaron sus versos; pero no los encuadró. En *Crisol* aparecieron algunos de ellos. De momento no recuerdo sino fragmentos de su poema titulado *El reloj*, que principia así:

*El reloj público de mi barrio
de algún tiempo a esta parte anda mal,
y muestra en su arañosa carota
de borracho
síntomas inequívocos de algún
profundo malestar*

.....

Dice después que el reloj se enamoró del humo de la chimenea de una fábrica lejana, porque en el cielo aparecía con las formas de un cuerpo de mujer y relata las lamentaciones del reloj, que al final confiesa:

*que la única mujer que para si
deseara,
era humo que la escoba del Viento
deshojó.*

Sin ruido, como había llegado de Honduras, Martín Paz Soto murió humildemente. Fue bohemio y sentimental. Lo lloró José Muñoz Cota.

*
* *

Juan de Dios Robledo. Fue de los jóvenes que en Guadalajara se incorporaron al Estado Mayor del general Diéguez, en 1914. Lo conocí de capitán segundo, a las órdenes de Sebastián Allende. Antes había pertenecido al Círculo Bohemio, en que figuraron Zuno, Díaz de León, Alfaro, Izábal y Juan Angel Córdova. Tomó parte en muchos combates: en Guadalajara, la cuesta de Sayula, Trinidad, etc. Pasados los días de la guerra, se dedicó a escribir. Era un prosista admirable. Tratando temas históricos demostró capacidad y conocimiento. Pero murió prematuramente, cuando tenía un brillante porvenir en los dominios de la literatura.

*
* *

Jesús S. Soto. Compañero de Robledo en las letras y en campaña. Fue un valiente que se distinguió en varias acciones de armas. Años después, apagada su fogosidad bélica, recordaba sus hazañas, afirmando:

*Soldado fui,
las balas respetaron mi brío.*

En el campo civil, Soto fue periodista, diputado, funcionario de Estadística y hasta gobernador interino de Guanajuato. Dejó un libro de poemas y una magnífica biografía de don Manuel Orozco y Berra. Su prosa era agradable, correcta y hubiese llegado lejos como historiador y crítico, pero murió joven, cuando se esperaba todavía mucho de él.

*
* *

Carlos Roel. Fue otro poeta de la Revolución. Tenía un estilo macizo en todo lo que escribía y parecía que en él íbamos a tener a un gran filósofo. Se perdió entre los códigos, pues se dedicó a la abogacía. Tenía talento y convicciones decididas. Sin embargo, no llegó a realizar lo que se esperaba de su pluma. Recuerdo siempre su autorretrato lírico, que empezaba de esta manera:

*En su frente como un campo de Montiel,
en que inician mil quijotes
sus quiméricas salidas...*

*
* *

El vate Frías. Otro bohemio que se nos fue prematuramente. Era un artista. Además de literatura sabía música, conocía de pintura, hablaba latín y entendía de mitologías. En la prensa figuraba como crítico y escribió reseñas taurinas. José Dolores Frías, era, además, un buen amigo y compañero. Estuvo relacionado con hombres de letras de México, América y Europa. Fue corresponsal de guerra en la primera conflagración mundial. Vivió enamorado de París. Allá entabló amistad con Enrique Gómez Carrillo y Ventura García Calderón.

Gran tipo, el vate Frías. A pesar de no haberse tomado en serio como poeta, escribió un delicioso poema que termina en esta forma brillante:

*Misa nocturna de San Severino
en la que ardieron, como sacro aceite,
mi dolor sin virtud, mi amor sin trino
y la ceniza en flor de mi deleite.*

*
* *

Gutiérrez Cruz. Fue el poeta del proletariado. Escribió con tinta roja anatemas contra los ricos. Exaltó las virtudes de los trabajadores. Amenazó a los burgueses y fue amigo de mineros y de ejidatarios. Suya fue esta copla popular, que sirvió a Lerdo de Tejada para hacer una canción:

*Sol redondo y colorado,
como moneda de cobre:
de diario me estás mirando
y a diario me miras pobre.*

Fue un hombre humilde y abnegado, que con frecuencia rene-gaba de los patronos y de las injusticias sociales. Fustigó a los líderes que olvidan su misión, en estos versos:

*Malos líderes que clamáis
contra los explotadores,
mientras explotáis
a los trabajadores.*

Carlos Gutiérrez Cruz murió muy joven. Pudo haber llegado lejos por sus rebeldías y convicciones revolucionarias.

*
* *

Otros amigos idos. Sin espacio para extenderme en más recordaciones, diré que me hubiese gustado hablar de dos hombres buenos, que fueron grandes artistas: el poeta, músico y pintor Rafael Vera de Córdoba, y el dibujante magistral de periódicos y revistas Clemente Islas Allende. Me habría referido además al inolvidable amigo que tuvo un gran corazón: el periodista Alfonso Rosado Avila.

Lo más triste es que en el B.O.I. son más los muertos que los vivos. Y desgraciadamente no hallamos todavía sustitutos para que continúen nuestra labor. Así estamos.